

La sinodalidad desde la teología latinoamericana

P. Pedro Trigo SJ¹

Introducción

La teología latinoamericana no es sólo la que se hace en este lugar geográfico, sino la que se lleva a cabo desde su modo peculiar y genuino de plantearse y vivir el cristianismo, un modo que se vivió conscientemente y se expuso sistemáticamente en Medellín, que fue la asunción creativamente fiel del concilio Vaticano II por parte de la Iglesia latinoamericana.

Seguimiento de Jesús y sinodalidad básica

Esta teología no es una teología que nace del escritorio ni de las aulas. Es la que brota del seguimiento de Jesús, que consiste en hacer en nuestra situación el equivalente de lo que él hizo en la suya, para lo que se requiere conocer lo que hizo, lo que sólo es posible temáticamente, desde la contemplación discipular de los evangelios, y vivir nuestra situación de modo equivalente a como él vivió la suya, que fue encarnándose en ella solidariamente y desde abajo. Desarrollemos brevemente cómo seguir a Jesús, que, insistimos, está en la base de esa teología, en cuanto que el teólogo es uno de los participantes de este seguimiento mancomunado y en cuanto que, al reflexionar y escribir desde él, esa teología contiene la sinodalidad básica.

Conocer discipularmente lo que dijo e hizo Jesús se da, además de en la contemplación orante diaria de los evangelios, en los grupos de lectura orante de ellos, que es una práctica de las comunidades cristianas más genuinas, las que nacieron bajo el impulso del Concilio recibido con fidelidad creativa por Medellín y Puebla y las que van saliendo hasta hoy bajo esta misma inspiración de fondo, más o

¹ Ponencia leída en la Jornada teológico-pastoral "¿Qué está sucediendo en el Sínodo de la sinodalidad?". El padre Pedro Trigo es Profesor de pregrado y postgrado del Instituto de Teología para Religiosos (trigodura@gmail.com).

menos tematizada². Comunidades populares con algún agente pastoral no popular, pero comprometido con el pueblo, o de profesionales solidarios con ese mismo tipo de agente pastoral o de unos y otros, por ejemplo, en una misma parroquia. Esta lectura orante discipular, cuando no se reduce, de hecho, a pesar de lo que se diga y piense, a una clase del especialista (cosa que, desgraciadamente, sucede no pocas veces, insisto, que aun inconscientemente), es una contemplación en la que todos son sujetos, aunque al comienzo alguien que sabe haya explicado términos o relaciones o situaciones, que son diferentes de nuestra cultura, para que la contemplación sea de la escena como tal en su genuinidad y no una interpretación desde nuestro modo de ver y nuestra situación, que por eso no le haga justicia. Pero, después de estos preliminares imprescindibles, la contemplación la hace cada quien como condiscípulo y se comparte, para que, en esta visión poliédrica, es decir, desde el ángulo de cada quien, la visión sea más genuina e integral.

Así pues, en este tipo de lectura orante comunitaria se practica la sinodalidad: todos caminamos juntos hasta el tiempo y lugar evangélico que se nos da para contemplar como discípulos, porque nuestro objetivo común es seguir al Maestro. Por eso se ve paso a paso, por ejemplo, si se trata de una narración, el tema, los actores, la situación inicial, el acontecimiento y la conclusión: cómo quedan los actores. Y cuando ya hemos contemplado la escena, lo que suele durar unos cincuenta minutos, cerramos la Biblia y retornamos a nuestro espacio/tiempo y nos preguntamos: “Mientras estábamos contemplando la escena y por tanto absorbidos por esa contemplación, ¿qué nos ha estado queriendo decir el Maestro para nuestro hoy? Vamos a hacer silencio y a escuchar”. Cada quien hace silencio, escucha y después comunica fraternamente lo que le ha dicho. Y, si en efecto ha escuchado, lo que le dice, con la admiración de cada uno, siempre tiene ver con lo que necesita oír en su situación personal. Insisto que en la contemplación orante comunitaria de los evangelios todos somos sujetos: todos contemplamos la escena y

2 Cf. “Lectura orante comunitaria de la Palabra de Dios”. P. Trigo, *El cristianismo como comunidad y las comunidades cristianas* (Miami: Convivium Press, 2009), 214-229.

contribuimos así a que la contemplación del grupo sea más complejiva; y todos exponemos lo que el Señor nos ha dicho y por eso a todos nos habla también mediante lo que le ha dicho el Señor a los demás. Eso contribuye enormemente a edificar la comunidad cristiana como comunidad fraterna: la fraternidad que se da al contemplar y escuchar juntos al Hermano mayor que nos hermana y al escucharnos unos a otros para seguirlo. Éste es un aspecto básico de la sinodalidad, que está poco tematizado y, menos aún, practicado.

Pero para seguir a Jesús, dijimos, no basta con contemplar lo que él dijo e hizo en su situación, sino que es imprescindible también situarnos en nuestra situación de modo equivalente a como él se situó en la suya, que fue la pertenencia solidaria a su pueblo por abajo. No cabe seguir a Jesús individual ni corporativamente, es decir, ni yo desde mí mismo ni desde un grupo cerrado. Y no cabe seguirlo así porque Jesús vivió entregado a todos, dando a la gente derecho sobre su espacio y sobre su tiempo, sin anillos de seguridad que protegieran su privacidad, como hacen los poderosos, de tal modo que por dos veces se dice en el evangelio de Marcos que eran tantos los que iban y venían que no tenía tiempo ni para comer. Jesús convivió siempre a lo largo de su misión: dio de sí todo lo que tenía, toda su humanidad, una humanidad limitada como todas, pero inagotable y trascendente por ser la humanidad del Hijo único y eterno de Dios.

Pero no dio de lo que le sobraba, por el contrario, cuando salió a la misión no tuvo dónde reclinar la cabeza (Lc 9.58). Por eso nunca tuvo cosas para dar: dio de sí, pero tan fecundamente, que toda la eternidad estaremos viviendo de su relación fraterna. Por eso dice Pablo que nos enriqueció con su pobreza (2Cor 8,9). Pero porque era realmente pobre, siempre tuvo que recibir la comida y el alojamiento, además de la compañía de los que aceptaban su fraternidad. De este modo instauró la reciprocidad de dones como alternativa superadora al “te doy para que me des” (*do ut des*), una relación de dos sujetos respecto de un objeto, que puede ser una mercancía o un servicio, que era la propuesta vigente en su tiempo y mucho más en el nuestro. Jesús, siempre en camino y

con otros, dando de sí gratuita y horizontalmente y recibiendo todos los días: es la sinodalidad más básica y trascendente.

La sinodalidad básica, fundamento de la sinodalidad institucional³

Queremos insistir en este punto: la sinodalidad cristiana no es ante todo la sinodalidad eclesiástica, en el sentido preciso de la sinodalidad institucional, paradigmáticamente, es analizar la situación, discernir y tomar las decisiones juntos todos los cristianos concernidos por ese asunto, sean clérigos o laicos. La sinodalidad más trascendente es la que se da en la vida, en la cotidianidad, que es la que vivió Jesús y, gracias a Dios, viven tantos. Consiste en aceptar que uno está siempre en camino⁴, que nunca está hecho, que necesita caminar siempre, pero que puede caminar por el buen o por el mal camino. Consiste en aceptar que “el modo humano de ser es ser siendo”⁵, que es imprescindible la iteración constante, pero que con mis acciones me puedo humanizar o deshumanizar. Y que las acciones humanizadoras implican siempre a los demás, pero no como meros destinatarios de mis acciones, sino estando implicados en mi constitución personal: entregándome a ellos de modo horizontal, gratuito y abierto, y recibiendo de ellos esa misma entrega, pero de tal modo que todos comenzamos siendo hijos: recibiendo y respondiendo. Por eso nuestra entrega tiene que ser siempre agradecida.

Ahora bien, esto que decimos de nuestra condición de seres humanos, que estamos siempre en camino y que lo tenemos que hacer mancomunadamente, lo decimos también de nuestro ser cristiano: mientras vivamos en este mundo, nunca estamos hechos: siempre estamos en camino de hacernos cristianos, que consiste en hacernos

3 Cf. “Caminar juntos hacia la fraternidad de las hijas e hijos de Dios por el camino que es Jesús de Nazaret”. P. Trigo, *Sinodalidad básica en la Iglesia latinoamericana* (México: Buena Prensa, 2023), 15-98.

4 “Siempre en camino”, así concluyó el papa Francisco su alocución a los participantes en el III congreso mundial de los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades el 15 de junio de 2014.

5 I. Ellacuría, *Filosofía de la realidad histórica* (San Salvador: UCA, 1999), 345.

hijas e hijos de Dios en el Hijo único y eterno, y hermanas y hermanos de todos en el Hermano universal. Esto está posibilitado porque Jesús nos lleva realmente a todos en su corazón. Por eso pudo bautizarse y confesar los pecados en primera persona de plural con más dolor que todos los pecadores juntos de la historia: porque en el centro de su corazón estaba su Padre y también estábamos los que no hacemos su voluntad e incluso hacemos lo contrario y él no nos echa. Al subir del río, dice Marcos, vio que el cielo se abría, es decir que su Padre había aceptado su confesión. Por eso, mientras no nos eche de su corazón, por Dios ya estamos salvados⁶. Y estamos seguros de que no nos echará porque murió llevándonos realmente en su corazón y pidiendo perdón por los que lo habían condenado y lo estaban matando en la tortura.

¿Eso quiere decir que ya estamos salvados? De ningún modo, porque la salvación toma la forma de la alianza y para que se dé se necesitan dos síes. No es digna ni de Dios ni de Jesús ni de nosotros una salvación unilateral. Ellos ya nos han dicho que sí. Falta nuestro sí. Y no podemos darlo de una vez por todas: necesitamos responder en cada coyuntura y podemos reafirmar nuestro sí, nuestra condición de hijos y hermanos, o podemos desdecirla. Afirmarla siempre implica relaciones y que sean horizontales y gratuitas. Y en la especificidad cristiana, que sean expresión de la fraternidad de Jesús de Nazaret, que es una fraternidad situada, concreta y siempre abierta a todos, y de filiación respecto del Padre de nuestro Señor Jesucristo y, en Él, Padre nuestro, con la confianza y disponibilidad que implica. Así pues, como cristianos estamos siempre en camino, tenemos que ir por el buen camino del seguimiento de Jesús, que entraña la fraternidad con todos, y tenemos que caminar siempre: nunca, mientras vivamos en este mundo, podemos decir que estamos hechos, que ya somos cristianos, que hemos llegado. Siempre nos vamos haciendo cristianos, si vamos por el buen camino del seguimiento de Jesús y nunca estamos seguros de no hacer nada contrario.

⁶ "Movido por esa llamada, tras confesar los pecados, recibió el bautismo" y "Al aceptar el Padre su confesión, Jesús supo que estaba llegando el reinado de Dios". P. Trigo, *Jesús nuestro hermano* (Maliaño: Sal Terrae, 2018), 34-56.

Si no nos empeñamos en ejercitar esta sinodalidad básica, la disponibilidad sinodal que se expresa en el seno de la Iglesia pidiendo opinión, consultando, incluso decidiendo en conjunto y repartiendo tareas y papeles, se verá como un modo de repartir el poder, que se hace por una moda, aunque no esté bien cimentado ni sea lo que más aproveche. Así lo verán no pocos de la institución eclesiástica, que se sentirán disminuidos por este cambio respecto de lo que se venía haciendo desde tiempo inmemorial.

Así pues, lo que propongo es que la sinodalidad no expresa sólo ni principalmente un modo de estructurar la institución eclesiástica, de manera que en alguna medida todos seamos verdaderos sujetos corresponsables. Lo más básico, en lo que se decide si somos o no cristianos es si, como dice literalmente el término sínodo, caminamos siempre como humanos y cristianos y caminamos por el buen camino y caminamos juntos. Para nosotros el camino no es seguir doctrinas, preceptos y ritos; para nosotros el Camino es Jesús. Y, como hemos insistido, se lo sigue haciendo en nuestra situación el equivalente de lo que él hizo en la suya, a la medida del don recibido, para lo que necesitamos tanto conocer lo que hizo, lo que sólo lo podemos saber contemplando discipularmente los evangelios, como conocer nuestra situación como él conoció la suya: encarnándonos en ella solidariamente y por abajo.

Vivir esta sinodalidad básica no sólo es el modo básico de vivir nuestro cristianismo y nuestra humanidad, ya que nos hacemos personas por la entrega de nosotros mismos gratuita, horizontal y abierta y, antes que eso, por recibir esa misma entrega de otros. Vivir esta solidaridad básica es la condición de posibilidad para vivir la sinodalidad en la institución eclesiástica, como la promueve el sínodo. Si no se da este llevarnos mutuamente en la fe y en la vida cristiana, si no se da esa fraternidad básica y entrañable porque cada uno siente lo que le ayudan los demás, además de lo que él ayuda, la participación de todos en las decisiones que vaya tomando la institución la van a vivir la mayoría de los eclesiásticos, como que les están disminuyendo su papel. Por ambas razones consideramos absolutamente imprescindible

poner de relieve y cultivar asiduamente esta solidaridad básica. Y nos duele profundamente que se deje pasar esta ocasión y que no se insista en ella.

Lo más básico del cristianismo se decide a través de esta sinodalidad básica

Ahora bien, queremos insistir que esta propuesta de la sinodalidad básica no es de ningún modo inédita; por el contrario, siempre ha estado presente en la Iglesia y sobre todo en nuestra Iglesia venezolana, aunque lo mismo podríamos decir de la mayoría de América Latina. Desde la colonia los curas se han concentrado en unas cuantas ciudades y en el resto han tenido poca presencia. Esto significa que el cristianismo ha sido transmitido y vivido fundamentalmente no por la mediación de la institución eclesiástica, sino por la acción conspicua de laicos con conciencia de ser cristianos y pertenecer al pueblo de Dios. Como dice Puebla, la religiosidad popular “es una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo” (Puebla, # 450).

Ahora bien, aun donde ha habido bastantes curas, los cristianos más conscientes han sido sujetos de su cristianismo y se han ayudado de los curas y les están agradecidos, pero son ellos los que han llevado mancomunadamente su cristianismo. Mis papás iban todos los días a misa y comulgaban todos los días y eran amigos de los curas, pero nunca se les pasó por la cabeza que lo suyo fuera obedecer a los curas. Siempre los escuchaban y asumían lo que les parecía bien, pero eran ellos los que llevaban su cristianismo, los que nos lo inculcaron a los hijos y los que lo llevaron en asociaciones laicales como las Conferencias de san Vicente Paúl.

Las mujeres, sobre todo, llevan día a día el cristianismo a la vida y lo inculcan y transmiten

En Nuestra América, y concretamente en nuestro país, esa vivencia cotidiana del cristianismo en lo concreto de la vida la llevan, sobre todo, las mujeres. Por eso en la presente discusión de si las mujeres tienen

que participar en la ministerialidad de la Iglesia y en qué grado, yo soy partidario de que, mientras el ministerio no se afinque, como insiste el Concilio, en este llevarse mutuamente en la fe y en la vida cristiana, que es en lo que consiste la sinodalidad básica, la primera eclesialidad, la primera comunión, las mujeres no deberían participar del ministerio, porque el papel que están desempeñando de vivir cristianamente e impregnar los ambientes de cristianismo y transmitir esa vivencia concreta, es más básico y por eso más importante que lo que están haciendo la mayoría de los clérigos y, por tanto, si ellas dejaran de hacer lo que hacen para desempeñar ese ministerio, la Iglesia se empobrecería enormemente.

Si la mayor parte de los clérigos aceptaran esta sinodalidad básica, y si eso fuera lo que se enseñara en los seminarios, no tendría ningún problema en que las mujeres fueran ministros, incluso presbíteros. Pero mientras eso no acontezca, creo que es preferible que sigan haciendo lo que hacen tan carismáticamente.

El pueblo cristiano, los pobres, son en gran medida sujetos de su cristianismo

Esto que decimos de las mujeres lo decimos más generalmente del pueblo cristiano, en el que, por supuesto, ellas desempeñan un papel relevante. Los primeros evangelizadores en nuestra América eran religiosos reformados y por eso se ocuparon primordialmente de los indígenas, incluso hicieron diccionarios y gramáticas en sus lenguas y los evangelizaron y creyeron en su cristianismo, y por eso creyeron que se les debía dar la comunión y que con el tiempo ellos podrían ser ordenados y evangelizar a sus pueblos. Y por eso trataron duramente a los españoles, porque no les reconocían su dignidad personal y los redujeron a servidumbre. A estos evangelizadores se abrieron fervorosamente los indígenas.

Pero una vez que pasó esta etapa constituyente, cuando se afinó la colonia, los indígenas en su mayor parte fueron abandonados a su suerte, es decir, no se los evangelizó y se los trató como bárbaros o, incluso, como siervos por naturaleza. Sin embargo, la mayoría de ellos se hizo cristiano y tomó el cristianismo en sus manos. Eso mismo hicieron los negros, los mestizos y los llamados blancos de orilla, es decir, lo que llamamos el pueblo, para distinguirlos de los de arriba y de los que luego se llamarían la clase media.

Hay que decir que la mayoría del pueblo latinoamericano es cristiana y una parte considerable de él no es cristiana simplemente como un aspecto de su cultura y por tanto de su socialización, ya que ha asumido personalmente el cristianismo como un aspecto muy valioso de lo que son, de sus personas y de su situación en el mundo. Estos cristianos se sienten sin ningún problema en la Iglesia y cuentan siempre con los curas para lo que creen que es de su competencia exclusiva, e incluso les tienen respeto, pero viven el cristianismo a su modo, porque ellos son sujetos de su cristianismo y se lo van transmitiendo entre ellos durante generaciones.

Para todos es elemental que ellos se sienten cristianos, pero quienes los conocen por dentro saben que esa manera de sentirse cristianos no se reduce a una declaración de principios ni tampoco a una posesión, sino que consiste en una relación viva y habitual con Jesús, con Dios, con la Virgen y con los santos y también con las demás personas y, más en general, es un modo de ser y proceder que tienen que ejercitar desde lo más íntimo de sí y constantemente. Tienen apoyaturas establecidas para no olvidarse y para ejercerlo metódicamente, pero saben que lo tienen que tomar en sus manos y actuar personalmente.

Desde lo dicho es patente que el catolicismo popular es sinodal: es camino, un camino personalizado y con los demás. Y un camino con una conciencia aguda de que hay que estar muy sobre sí para no desviarse.

El ejemplo más exímio de lo que hemos dicho del pueblo cristiano son los que Ellacuría llama ‘pobres con espíritu’⁷. Lo que los caracteriza es que se la pasan hablando con Dios. Lo más característico no es que hablan con Él cara a cara, lo que convencionalmente se llama oración, aunque, obviamente, sí lo hacen, sino codo a codo, es decir, comentando con Él lo que pasa y lo que les pasa y haciendo silencio para escuchar lo que Él les diga. La consecuencia de esta relación es una gran personalización y por eso una relación muy densa y humanizadora con los demás.

La voluntad del Dios de Jesús es la sinodalidad básica de los clérigos y del pueblo cristiano

Ahora bien, lo que Dios más quiere, lo que pide a esta nuestra Iglesia latinoamericana, es que retomemos lo mejor de lo que sucedió con los que asumieron el Concilio desde su vivencia cristiana latinoamericana y por eso con creatividad fiel. Lo que sucedió fue una entente muy fecunda entre la institución eclesiástica y el pueblo cristiano y los solidarizados con él. Dios nos pide que como institución eclesiástica nos encarnemos solidariamente en nuestro pueblo y que cultivemos también a los profesionales solidarios.

Esto se dio en una medida apreciable, ante todo en los llamados modernos Padres de la Iglesia Latinoamericana, esa pléyade de obispos con los que realmente nació la Iglesia latinoamericana como una entidad viva, fiel y entrañada en nuestros pueblos y nuestra cultura. Pero también tenemos que considerar a muchos presbíteros que hicieron lo mismo en sus parroquias y a muchas comunidades de religiosas y religiosos que se encarnaron realmente en nuestro pueblo y dieron lo mejor de sí, y a la vez que reavivaron sus carismas, ayudaron eficazmente a que el pueblo tomara conciencia de sí y se organizara proactivamente.

7 Cf. I. Ellacuría, *Conversión de la Iglesia al Reino de Dios* (Santander: Sal Terrae, 1984), 70-79.

La sinodalidad desde la teología latinoamericana

Estamos en otro tiempo y nos toca reinventar esa sinodalidad básica con nuestro pueblo. Éste es un signo de los tiempos en el que tenemos que reconocer la llamada del Dios de Jesús y la inspiración de su Espíritu. Dios quiera que así suceda.